

Familia y crianza: el punto de vista psicológico en cuestión**

RESUMEN

Varias ciencias tienen entre sus objetivos comprobar la naturaleza de las relaciones de crianza. La Psicología Evolutiva, en tanto en cuanto se ocupa de la descripción y explicación del cambio infantil, entra de lleno en el papel que desempeñan las interacciones con los adultos próximos en la transformación de las criaturas humanas en seres sociales.

Este trabajo trata de analizar, críticamente, y hacer algunos comentarios a propósito de los datos empíricos registrados en el seno de las familias occidentales, en las que la madre actúa como adulto preferente en la crianza y socialización de sus hijos.

INTRODUCCIÓN

Tener hijos y atenderlos constituye, en estos momentos, una de las tareas de mayor implicación socio-política que las familias tienen que realizar; en el seno de éstas son, fundamentalmente, las mujeres las encargadas de ocuparse personal y físicamente de cumplir día a día este menester.

Algunos hechos, de probado valor social y psicológico en la vida de las mujeres, se derivan de esta tendencia secular: por ejemplo, la satisfacción de la vida en pareja desciende, significativamente, en las esposas respecto a sus maridos después del nacimiento de los hijos y durante su crianza (Rollins y Felman, 1970); de igual manera, el alarmante descenso de la natalidad en las sociedades de bienestar, puede atribuirse a la negativa, por parte de muchas mujeres profesionales occidentales, de dividir su tiempo adulto y, en todo caso, de reducir la dedicación a actividades laborales en las épocas de mayor actividad fértil. Otras situaciones sociales se irán examinando a lo largo de estas páginas; sin embargo, en líneas generales, parece bastante aceptada la afirmación que inicia el trabajo: parir, criar, educar generaciones jóvenes, es un deber

* Profesora de Psicología de la Universitat Jaume I.

** Artículo realizado gracias a la ayuda para el Fomento de la Investigación que ha concedido la Universitat Jaume I a la autora

básico de nuestra sociedad que ésta delega en las familias y las familias en las mujeres.

¿POR QUÉ LAS PERSONAS QUIEREN TENER HIJOS?

Hay muchas razones por las que la gente dice querer tener hijos; en todas ellas es posible encontrar, como denominador común, la posibilidad de organizar la propia vida y separar el mundo afectivo (del que los adultos son algo dueños) del público y laboral (en el que el control parece estar más lejos de cada individuo). El matrimonio y la paternidad/maternidad dan ocasión a las personas de demostrar su autonomía personal, de dirigir su propia acción y de tener un proyecto de vida personal que ocupe y dirija sus años venidero.

Esta autosatisfacción supone refuerzos a corto y largo plazo. Así, por ejemplo, algunas personas parecen esperar de sus criaturas compañía y cuidado en la vejez; otras, tienen hijos/hijas para cumplir deberes altruistas para con la preservación del mundo y sus criaturas. Finalmente, un gran grupo de mujeres tienen hijos porque dicen considerar la crianza como una actividad ocupacional plena y emocionalmente satisfactoria para personas sin vida profesional extrafamiliar (las amas de casa). Respuestas como: «Los niños dan sentido a mi vida» o «No puedo ser una mujer total si no tengo hijos», son tipos de argumentos que demuestran en qué medida algunas mujeres han asumido, como propias, razones equivocadas, sugeridas por la cultura machista dominante, con el fin de hipotecar sus vidas en la educación de los hijos e hijas.

LA ESPECIFICIDAD DEL ROL ADULTO —SER PADRE/SER MADRE—

Retomando y ampliando, desde el punto de vista de las mujeres, las propuestas de Rossi (1968), las características específicas de la maternidad-paternidad, que las diferencian de otros papeles adultos, podrían ser:

1.-Las mujeres están expuestas a presiones culturales muy fuertes para asumir su papel de madres. Desde niñas, las chicas están socializadas en este sentido; sus juguetes y su educación en el hogar paterno las dirigen hacia este fin. Cuando se han intentado modificar estos roles, en el hogar, la propia tendencia cultural ha descafeinado la propuesta -tal y como ha ocurrido con los muñecos de juegos de los chicos, vestidos con ropas agresivas o con suplementos guerreros, de forma que los varones se socializan no en imitación de tareas de crianza sino en imitación de tareas de pelea y guerra-.

2.-El papel parental todavía no es del todo elegido. Los avances médico-técnicos están permitiendo que, cada día más, las parejas tengan hijos, sólo, si lo

desean, pero esto no es extensible a toda la población; en 1985, todavía un 16.5% de las mujeres españolas, en edad fértil, no había utilizado ningún método anticonceptivo; un 18% más, reconocía haber utilizado métodos pero ninguno eficaz. Los porcentajes en 1992 serán más pequeños, pero sin duda todavía importantes.

La existencia de embarazos no deseados en todas las edades y, sobre todo, el aumento de los embarazos en adolescentes en todo Occidente, unido a las dificultades legales, religiosas-morales y económicas del aborto, nos llevan asegurar que las mujeres que se incluyen en este comentario asuman, de forma muy problemática, la crianza infantil.

3.-El papel paterno/materno es irrevocable: no se puede abandonar a las criaturas como se deja un trabajo o un partido. La transformación de los recién nacidos en seres sociales necesita, obligatoriamente, de la implicación en la crianza de adultos relacionados emocionalmente con el bebé; la relación biológica suele producirse, pero no es estrictamente necesaria. Por otra parte, para la optimización del cambio infantil, no es aconsejable que varios niños compartan un adulto responsable y que éstos no estén emocionalmente ligados (estos son algunos de los problemas de los Hogares de Acogida Infantil).

Todas las sociedades occidentales tienen alternativas «sociales» ante el abandono paterno y materno (adopciones, hogares de custodia, etc), pero estas alternativas están sometidas a leyes tradicionales que preservan el control de la paternidad/maternidad biológica sobre otros tipos de paternidades no biológicas, de lo que resultan graves perjuicios para el pequeño que acaba creciendo con escasas referencias personales y grupales.

Los hogares sin núcleo, muy minoritarios entre nosotros, afectan seis veces más a las mujeres que a los hombres, lo que significa que son los varones los que mayoritariamente abandonan el rol paternal con mayor impunidad. Según datos españoles el 62% de las mujeres que son cabezas de familia, en hogares monoparentales, necesitan de subvenciones sociales para poder sobrevivir.

4.-La preparación para la paternidad/maternidad es peor que la preparación que tienen los adultos para otros papeles. Ninguno de los dos componentes, de una pareja, conoce técnicas específicas de crianza y tan sólo se tienen conocimientos, implícitos, procedentes de su propia crianza o de la de sus familiares próximos. De esta forma, la posibilidad de que sean las mujeres las más expertas (en esta pareja de inexpertos) es muy alta, puesto que, por las particulares condiciones de educación de género, son ellas las que, en más alto porcentaje, habrán ayudado a su madre a cuidar a algún hermano o, al menos, tendrá preparación inespecífica sobre habilidades generales que podrían ser activadas ante un bebé. El énfasis especial, que se pone en la educación, en comportamientos prosociales en las niñas (valores de cuidado a los débiles, exteriorización de la emotividad, afecto a los objetos cotidianos, etc.) las hace personas

competentes en aprendizajes que, fácilmente, se pueden generalizar a las conductas más específicas enfocadas hacia la crianza de un hijo.

5.-El papel paterno/materno es bastante exclusivo. Son numerosas las horas de atención a los niños, numerosas y repetidas las rutinas de alimentación, limpieza, cuidado, protección, control, etc. Si una persona sola ejerce este papel, prácticamente está condenada a no poder hacer otra cosa, al menos durante un tiempo. Como ya se ha apuntado, las mujeres están socialmente coaccionadas para ocuparse en exclusiva de este menester.

Las mujeres que trabajan antes de ser madres, abandonan sus puestos laborales durante años y se incorporan, con dificultades y a veces nunca, al mundo laboral extrafamiliar.

La relación entre trabajo femenino y fecundidad es conocida; los datos que se poseen, de los países europeos y de Estados Unidos, nos permiten demostrar que existe una relación indirecta entre el trabajo femenino y el número de hijos. Las razones parecen estar en lo menguado del salario femenino así como en la imposibilidad de delegar, en mujeres próximas, la crianza de las criaturas.

Sin embargo, una variable sociológica, está actuando como factor determinante, que no sigue esta relación, y es el nivel socioeducativo de las mujeres. Está comprobado que, cuando los grupos sociales alcanzan bajas tasas de natalidad (como ocurre en España en la actualidad), las mujeres de nivel alto o medio no dejan de trabajar por ser madres (probablemente porque su mejor sueldo refuerza la doble jornada laboral) y pueden delegar en otras mujeres el cuidado del hogar. Es a estas mujeres, como demuestra el cuadro adjunto, a las únicas que en España sus esposos ayudan, en alguna proporción, en la crianza de los hijos.

- Ingresos aportados por la esposa-				
- Atención	0%	1-25%	26-50%	51-100%
- Padre a criaturas	1.3	1.5	2.6	13.4
- Otros a criaturas	5.2	17.0	21.5	27.1
- Padre a cocina.....	0.2	0.6	2.8	3.8
- Otros a cocina	7.7	10.1	11.3	19.2

Cuadro 1.- Porcentajes de cuidado a las criaturas, a la cocina y cocinado, por parte del varón y de otros en los hogares. (Datos tomados de Izquierdo, 1991).

ANALIZAR LOS DATOS DE LA REALIDAD E INTERPRETAR PSICOLÓGICAMENTE LAS EVIDENCIAS

A riesgo de ser excesivamente simplistas e injustos, en la interpretación teórica, debido a que no consideramos éste el momento adecuado de establecer las diferencias que, indudablemente, separan las referencias teóricas, debemos reconocer que tanto la literatura psicoanalítica, como la etológica o la conductista, aportan suficientes evidencias que nos permiten reconocer que existe una relación especial -«vincular»- que se establece entre el bebé y sus cuidadores. Se trata de lazos de amor especiales que, en opinión de algunos autores (Spitz, 1946; Bowlby, 1980), de ser socavados ocasionarían daños psicológicos en los niños.

Esta relación afectiva especial se detecta, empíricamente, más con las madres que con los padres. Las razones podrían ser simplemente sociales: si más mujeres cuidan a los niños (por presiones sociales ancestrales) mayor será el porcentaje empírico de relaciones preferentes de las criaturas para con ellas; o biológicas: la hembra humana tiene una preparación biológica especial para ser madre y, por tanto, «naturalmente» la crianza de las criaturas se deriva, directamente, de su naturaleza biológica. Las observaciones de los etólogos de la conducta humana describen el comportamiento de las crías y sus madres y hacen derivar de nuestra naturaleza, animal-mamífero (con lo que esta característica supone respecto a la gestación y a los largos meses de amamantamiento), la posibilidad de plasmar comportamientos, de naturaleza innata, que la impronta natural dirige en un sentido ya marcado por la propia herencia filogenética.

Esto llega a significar que tanto hembras como criaturas están biológicamente predispuestas para la crianza y socialización. La adscripción de la crianza a las mujeres es automática en la medida que son ellas las que, biológicamente, tienen la responsabilidad de la gestación y del amamantamiento de los primeros meses.

Los etólogos, sin embargo, aceptan que la cultura y los aprendizajes humanos pueden modificar la actualización de los programas biológicos; así, por ejemplo, las creaciones culturales de cursos y técnicas de preparación al parto y, por tanto, la tendencia actual de relacionar a los varones con los hechos biológicos y fisiológicos de la maternidad, no hacen sino intentar, culturalmente, crear vínculos psicológicos (artificiales) entre padres y criaturas porque los naturales lo son entre madres y criaturas.

La psicología más reciente, en su afán de corroborar su adscripción científica a las ciencias experimentales, analiza la conducta en su vertiente observable o, al menos, en su aspecto deducible de lo observable, de forma que los trabajos empíricos nos describen las tareas de crianza de las generaciones jóvenes centrándose en las díadas interactivas (adulto-niño).

El núcleo central de la socialización infantil está en la interacción con los

adultos. La relación experto-aprendiz está mediatizada por las capacidades físicas y cognitivas de la criatura, así como por las relaciones vinculares (de apego) que relacionan afectivamente a adultos y criaturas.

La interacción entre parejas de adulto-niño se describe como armónica, en comportamientos sincronizados, como un toma-daca en el que la organización interactiva transcurre sin dificultades cumpliendo una serie de requisitos de orquestación que permiten a un adulto educar a un niño.

La armonía, sincronía y orquestación serían vocablos que nos remiten a una interacción pautada, con objetivos claros y tareas explícitas que cumplir. En realidad, estos términos deben entenderse en el sentido de que la progresiva incorporación del niño al mundo de los adultos no es azarosa ni caótica, sin embargo tampoco es explícita ni programada.

El/la adulto/adulta quiere socializar a una criatura de su especie, hacerle humano/a.

No establece objetivos, ni define metas, simplemente actúa siguiendo una norma de comportamiento descrita por varios psicólogos (Vigotsky,). Este sistema de actuar se denomina de varias maneras, una de ellas «andamiaje» (Bruner) es especialmente clarividente: los adultos comprometidos en la crianza de una criatura se dedican a preparar sus futuros comportamientos; es decir, sabiendo que tienen a una criatura con determinado nivel real de comportamiento, andamian un nivel superior (deseado), por tanto mejor, y atribuyen al niño/a la intencionalidad de la colaboración necesaria; una vez conseguido este segundo nivel, andamian otro mejor y así sucesivamente.

La criatura es un ávido buscador de contacto social y tan indefenso, físicamente, que su oportunismo se ve fácilmente cubierto por los adultos de su entorno.

Estos hechos, que se describen empíricamente, pueden ser constatados por cualquiera que observe, desde un punto de vista psicológico, el desarrollo infantil:

1.- RESPECTO A LAS CRIATURAS.-

Los bebés humanos son física y psicológicamente indefensos, pero no tanto como para que, en su aspecto físico y repertorio conductual, no entren suficientes elementos de atractividad y acción que les permita tener interacciones estables y fluidas con sus adultos.

Lorenz, ya constató que la apariencia física de los bebés (cabeza muy grande en relación al tamaño corporal, ojos separados, nariz respingona, etc.), eran formas atractivas para la percepción adulta.

Desde el nacimiento, el recién nacido cuenta con un buen número de reflejos (Succión, prensión, etc.) que se utilizan como recursos adaptativos. Estos reflejos sirven, además, para provocar y responder interacciones adultas.

En el repertorio del recién nacido se registran, también, conductas propias de la emocionalidad innata (sonrisa, llanto, expresiones faciales, etc.) que los/las padres/madres, inconscientemente, interpretan como signos intencionales, atribuyendo responsabilidad personal al bebé en su ejecución. Por ejemplo, los psicólogos sabemos que únicamente la sonrisa de un niño mayor de veinte semanas responde a un estímulo agradable, que antes tiene una procedencia vegetativa e inespecífica; sin embargo, los padres no reconocen esta diferencia y siempre «piensan» que su criatura responde sonriendo a algo que le gusta.

Tienen (a diferencia de lo que vulgarmente se cree) capacidades sensoriales y perceptivas -visuales y auditivas- bastante perfectas y muy adaptadas a su medio, lo que ha permitido a los psicólogos saber, por ejemplo, de las preferencias de los bebés de menos de un mes por estímulos visuales y auditivos del tipo de los que proporcionan las personas (formas redondeadas, semejantes a los rostros humanos, rasgos sonoros de intensidad y frecuencia semejantes a la voz humana; Gouin-Decaire y Ricard, 1983)

2.- RESPECTO A LOS ADULTOS.-

Los adultos (entendiendo por adulto no el término habitual, sino que en ocasiones niños de cinco o seis años ya se comportan como tales), son especialmente sensibles a la atención y el cuidado infantil. Esta sensibilidad es inconsciente y, aún más, adultos no-preparados cumplen espontáneamente su papel interactuante.

El llanto infantil es un estímulo preferente para los adultos humanos. La investigación demuestra que tanto hombres como mujeres saben percibir e interpretar las demandas infantiles.

Los adultos interfieren en los ritmos biológicos con clara intencionalidad de socializarlos y controlarlos para la interacción. Kaye, (1977) describe cómo los ritmos de arranque y pausa en el chupeteo (que tienen una cadencia rítmica estandar) sirven a los adultos para canalizar su propia acción, de forma que hay mayor probabilidad de que se acune, acaricie o hable a los niños en los tiempos de las pausas.

Los adultos se adaptan a los comportamientos imperfectos de los recién nacidos para controlar su futura acción. Por ejemplo, Collis, (1977) observó cómo adultos, no entrenados, utilizaban estrategias muy elaboradas para recaptar la atención perdida de los bebés. Cuando esto ocurría, por un suceso o estímulo fortuito, tendían a seguir la mirada de los bebés en un claro objetivo de conseguir la coorientación; una vez conseguido el restablecimiento de la mirada, cara a cara, reiniciaban la actividad anterior.

La literatura sobre desarrollo del lenguaje demuestra que se enseña a hablar

por mecanismos como los descritos hasta ahora. Los humanos, mayores de cinco años, andamian las incipientes vocalizaciones de los bebés y consiguen hacerles hablantes de la lengua de su entorno en escasos años.

Así, podemos concluir que la indefensión atribuida a los bebés es sólo relativa ya que, además de los «atributos innatos» de llamadas de atención hacia los adultos/as, cuentan con la receptividad, o predisposición, que los propios adultos/as - emotivamente cercanos - tienen para con ellos.

En esta relación descrita, adulto/a - bebé, no se han establecido diferencias en cuanto a las relaciones bebé - padre o bebé - madre.

¿SE PUEDE Y SE DEBE HABLAR DE UN PAPEL ESPECÍFICO PARA EL PADRE?.-

El estudio del papel del varón en la crianza infantil es reciente. Sólo en los últimos veinte años, los investigadores se han preguntado sobre qué tipo de relación mantienen los padres con sus hijos y si ésta es semejante a la de la madre.

La cuestión clave es dilucidar si la diferencia, que hoy por hoy registran los datos empíricos, nos llevan a aceptar un rol específico para el varón en la crianza y educación de las generaciones jóvenes, o si, por el contrario, la función paternal debe ser compartida por los adultos que rodeen a una criatura en el momento de su llegada a una familia.

Una de las preguntas más interesantes, que cabe responder en este sentido, es la que hace referencia a conocer si los varones tienen capacidad para interpretar y responder adecuadamente a las necesidades de los bebés.

En principio, según datos de Parke y cols.,(1981) que examinaron a los padres de recién nacidos en los comportamientos de: sonreír, besar, explorar, imitar, alimentar, pasar el bebe al otro padre/madre, alimentar, cambiar de posición, vocalizar y tocar, no se encuentran diferencias entre padres y madres. Por ejemplo: la sensibilidad hacia el llanto del bebé es similar en varones y hembras (Frodi, 1980), ya que, en sus resultados, los padres estaban tan implicados como las madres.

Aunque los padres tienen muchos sentimientos paternos cuando se les entrevista a las pocas horas de tener un bebé, no hay razones para creer que esas actitudes se plasmen realmente en comportamientos. Sin embargo, una seria objeción se ha encontrado a este trabajo, puesto que los padres eran voluntarios, habían sido reclutados de clases de preparación al parto y con mucha frecuencia habían asistido al parto de sus hijos. Además, tal como suele ocurrir con las investigaciones de voluntarios, eran población de nivel medio con bastante nivel de estudios.

Algunos cambios se registran cuando el método de análisis no incluye vo-

luntarios y se realizan estudios, lo bastante amplios, como para no ser sesiones ejemplares en las que un psicólogo, observador, controla lo que hace una díada o una tríada en unos minutos de interacción. De esta forma, también Parke y O'Leary, en un trabajo con bebés alimentados con biberón, descubrieron que las madres utilizan más tiempo en alimentar a sus hijos que los padres y más tiempo en los cuidados de aseo. Esto, se ha interpretado como que el reparto de roles empieza muy pronto, aunque las actitudes hacia la crianza no difieran en ambos sexos así como las primeras interacciones.

Sin embargo, las expectativas sociales han llevado a los padres a no actuar, tan sensiblemente, por dos razones:

1.- Diferencias cuantitativas: Ellos no han dedicado bastante tiempo. Aquí hay un cúmulo de razones: desde porque creen que lo deben hacer sus esposas, que no trabajan, hasta porque, aunque ellos creen que lo deben hacer, intercambian con sus esposas los deberes familiares por los profesionales...

2.- Diferencias cualitativas: A diferencia de las madres, los padres juegan pero no cuidan (Clarke-Stewart, 1978). Las experiencias con madres que trabajan (Pedersen, Cain y Zaslow, 1982) demuestran que se comportan como los padres debido a que, al parecer, el escaso tiempo de interacción modifica las intervenciones hacia situaciones muy activas físicamente y de juego, mientras que la interacción de mucho tiempo se dedica más a aspectos educativos, de cuidado y control.

Hay evidencias, en nuestro entorno próximo (Izquierdo, 1991), de que los varones parecen asumir, con más facilidad, los roles femeninos de crianza de infantes que otros roles cooperativos de cuidado de ancianos o de limpieza.

Los bebés desarrollan vínculos afectivos hacia sus padres, más o menos, al mismo tiempo que hacia sus madres.

La investigación señala que no hay diferencias biológicas, basadas en el sexo, con respecto a la sensibilidad frente a los niños (Lamb, 1981)

Hay alguna investigación, (Field, 1978), que demuestra que los padres responsables de crianza se comportan como madres.

CONCLUSIÓN:

-Dado que cualquier adulto/a puede suplantar a la madre, sin que ello afecte a la evolución psíquico-emocional del bebé, siempre y cuando se establezcan vínculos de afecto y armonía en la interacción.

-Dado que es la sociedad quien predispone a las mujeres para que alarguen su rol de madres, no la biología, de la misma manera que exige al varón de su rol paterno, atribuyéndole unas dificultades biológicas, innatas, para relacionarse con el bebé que en realidad no tiene.

Por todo ello, podemos afirmar que el rol mujer-madre tiene una función estrictamente económica, social y política.

REFERENCIAS

- Bowlby, J. (1980) *Attachment and loss*. Vol. 3: loss, sadness and depression. Londres. Hogarth Press.
- Clarke-Stewart, A. (1978) «An daddy makes three: the fathers impact on mother and young child» *Child Development*, 49, 466-478.
- Field, T.M. (1978) «Interaction behaviors of primary versus secondary caretaker fathers». *Developmental Psychology*, 14, 183-184.
- Frodi, M.J. (1980) «Paternal-baby responsiveness and involvement» *Infant Mental Health Journal*, 1, 150-160.
- González, A. y Codes, S. (1991) «Desarrollo comunicativo inicial». En: R.A: Clemente (Ed) *Desarrollo socio-emocional*. Valencia. Promolibro.
- Izquierdo, M.J. (1991) «Estado familia e individue: comentarios a propósito de una encuesta». *Papers*, 36, 11-32.
- Lamb, M.E. (1981) «The development of father infant relationships». En: M.E.Lamb (Ed) *The role of the father in child development*. New York. Wiley.
- Parke, R.D.; Power, T.G.; Tinsley, B.R. y Hymel, S. (1981) «El papel del padre en el sistema familiar». *Infancia y Aprendizaje*, 15, 39-51.
- Pedersen, F.A. Cain, R. y Zaslow, M. (1982) «Variation in infant experience associated with alternative family roles». In: L. Laosa y I. Sigel (Eds) *The family as a learning environment*. New York. Plenum.
- Rollins, B. y Felman, H. (1970) «Marital satisfaction over de family life cicle». *Journal of marriage and the family*, 32, 20-28.
- Rossi, A. (1968) «Transition to parenthood». *Journal of marriage and the family*, 30, 26-39.
- Spitz, R.A. (1946) «Anaclitic depression». *Psychoanalytic study of the child*, 2, 313-342.